



Leni Zumas

Relojes de sangre



DESTINO

Título original: *Red Clocks*

© Leni Zumas, 2018

© por la traducción, Mariana Hernández Cruz, 2018

© Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-233-5424-5

Depósito legal: B. 16.296-2018

Composición: Pleca Digital, S. L. U.

Impresión y encuadernación: CPI

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Relojes de sangre

Leni  
Zumas

Traducción de  
Mariana Hernández Cruz

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1440

# La biógrafa

En una habitación para mujeres de cuerpos averiados, la biógrafa de Eivør Mínerudottír espera su turno. Lleva pantalones. Su piel es blanca y sus mejillas pecosas; no es joven, no es vieja. Antes de que la llamen para poner los pies en los estribos y sienta que le pinchan la vagina con una varita que muestra en una pantalla fotografías negras de sus ovarios y útero, la biógrafa observa cada anillo de matrimonio de la sala. Piedras de verdad, gruesas alianzas con brillos. Viven en los dedos de mujeres que tienen sofás de piel y esposos solventes, pero cuyas células, conductos y sangres están fracasando en su destino animal. Sea como sea, ésta es la historia que le gusta a la biógrafa, una historia simple y fácil que le permite no pensar en lo que ocurre en las cabezas de las mujeres o en las de los esposos que a veces las acompañan.

La enfermera Crabby lleva una peluca rosa neón y un artilugio de tiras de plástico que deja al descubierto casi todo su torso, incluida buena parte del pecho.

—Feliz Halloween —dice.

—Igualmente —responde la biógrafa.

—A ver cómo están esos descendientes.

—¿Disculpe?

—Es una manera de decir que vamos a sacar sangre.

—Hum —murmura la biógrafa amablemente.

Crabby no encuentra la vena de inmediato; tiene que hurgar, y duele.

—¿Dónde está, señora? —le pregunta a la vena. Me-

ses de agujas han manchado y oscurecido la parte interna de los codos de la biógrafa. Afortunadamente, las mangas largas son comunes en esta parte del mundo.

—La regla ha vuelto de visita, ¿verdad?

—Con furia.

—Bueno, Roberta, el cuerpo es un acertijo. Vamos ahí..., ya te tengo. —La sangre entra en la jeringa de golpe. Les dirá cuánta hormona foliculoestimulante, estradiol y progesterona produce el cuerpo de la biógrafa. Hay números buenos y malos. Crabby deja el tubo en una gradilla junto con otras pequeñas balas de sangre.

Media hora más tarde, alguien llama a la puerta de la consulta: es una advertencia, no una solicitud de permiso. Entra un hombre que lleva pantalones de cuero, gafas de aviador y una peluca negra de rizos bajo un sombrero recto.

—Soy el tipo de esa banda —dice el doctor Kalbfleisch.

—Guau —dice la biógrafa, molesta por lo sexy que el médico se ha vuelto.

—¿Echamos un vistazo? —Deja en un banco alto frente a sus piernas abiertas la piel que viste, dice «¡Ups!» y se quita las gafas de sol. Kalbfleisch jugaba al fútbol americano en una universidad de la Costa Este y sigue teniendo cara de novato. Tiene la piel dorada, no sabe escuchar. Sonríe mientras cita estadísticas desoladoras. La enfermera sostiene el expediente de la biógrafa y una pluma para apuntar las mediciones. El doctor enunciará cuán grueso es el revestimiento, el tamaño de los folículos, cuántos hay. Sumando a estos números la edad de la biógrafa (42), su nivel de hormona foliculoestimulante (14,3), la temperatura exterior (13) y el número de hormigas en el metro cuadrado de tierra que hay directamente debajo de ellos (87), obtendrán las probabilidades. La posibilidad de que tenga un bebé.

—Muy bien, Roberta, vamos a ver —dice poniéndose los guantes de látex con un chasquido.

En una escala de uno a diez, donde diez es el hedor penetrante de un queso viejo y uno ningún olor, ¿cómo calificaría el de la vagina de la biógrafa? ¿Cómo se compara con las otras vaginas que pasan por esta consulta todos los días, años de vaginas, una multitud de fantasmas vúlricos? Muchas mujeres no se bañan antes, están combatiendo un hongo o sencillamente apestan. Kalbfleisch ya se ha encontrado con algunos olores fétidos.

Desliza dentro la vara del ultrasonido, untada con gel azul neón, y presiona hacia arriba, contra su cérvix.

—Tu revestimiento está bien, es delgado —dice—. Cuatro coma cinco. Justo donde lo queremos. —En el monitor, el revestimiento del útero de la biógrafa es un tablero de tiza blanca en un mar negro, difícilmente algo que pueda medirse, le parece, pero Kalbfleisch es un profesional entrenado en cuya experiencia ella deposita su confianza. Y su dinero; tanto, que los números parecen virtuales, míticos, pormenores de una historia sobre dinero más que el dinero que alguien tenga realmente. La biógrafa, por ejemplo, no lo tiene. Utiliza sus tarjetas de crédito.

El doctor va hacia los ovarios, empuja e inclina la varita hasta que obtiene el ángulo que quiere.

—Éste es el lado derecho. Buen montón de folículos...

Los óvulos son demasiado pequeños para verse, incluso ampliando la imagen, pero pueden contarse los sacos, hoyos negros en la pantalla grisácea.

—Hay que seguir cruzando los dedos —dice Kalbfleisch, sacando la varita.

«Doctor, ¿de verdad mi montón es bueno?»

Se aleja de su entrepierna con un giro y se quita los guantes.

—Durante varios de tus últimos ciclos —comenta mientras mira el expediente, no a ella— has tomado Clo-mid para estimular la ovulación.

Ella no necesita que se lo digan.

—Desafortunadamente, también ocasiona un encojimiento del revestimiento uterino, así que les recomendamos a las pacientes que no lo tomen durante periodos prolongados de tiempo. Tú ya lo has tomado durante un periodo largo.

«Espere, ¿qué?»

Ella debería haberlo investigado.

—Así que en esta ronda tenemos que probar con un protocolo diferente. Otro medicamento que sabemos que mejora las probabilidades en algunos casos pregrávidos de edad avanzada.

—¿De edad avanzada?

—Es sólo un término clínico. —No levanta la mirada de la receta que está escribiendo—. Ella te explicará el tratamiento y nos veremos aquí en nueve días. —Le entrega el expediente a la enfermera, se levanta y se acomoda la entrepierna del pantalón de piel antes de marcharse rápidamente.

Imbécil, en feroés: *reyvarhol*.

—Tienes que comprar esto hoy mismo y empezar a tomártelo mañana por la mañana, con el estómago vacío. Cada mañana, durante diez días. Mientras lo tomes, es posible que notes un olor desagradable en tus secreciones vaginales —dice Crabby.

—Genial —contesta la biógrafa.

—Algunas mujeres dicen que el olor es bastante, eh, sorprendente —continúa—. Incluso inquietante, en realidad. Pero, pase lo que pase, no te hagas una ducha vaginal, pues podría introducir químicos en el canal que, si avanzan por tu cérvix, podrían, ya sabes, poner en riesgo el pH de la cavidad uterina.

La biógrafa no se ha hecho una ducha vaginal en su vida, ni conoce a nadie que lo haya hecho.

—¿Preguntas? —dice la enfermera.

Ella mira la receta entornando los ojos.

—¿Qué hace el Ovutran?

—Estimula la ovulación.

—¿Cómo?

—Tendrías que preguntarle al doctor.

Ha sometido su zona a todo tipo de invasiones sin comprender ni una fracción de lo que le están haciendo. De repente le parece terrible. ¿Cómo se puede criar a un hijo sola sin siquiera averiguar qué le hacen a su zona?

—Me gustaría preguntárselo ahora —dice.

—Ya está con otra paciente. Lo mejor será que le llames a la consulta.

—Pero estoy aquí, en la consulta. ¿No puede, o hay alguien más que...?

—Lo siento, hoy es un día superocupado. Es Halloween, y eso.

—¿Por qué tendría que estar más ocupado en Halloween?

—Es un día festivo.

—No es exactamente un día festivo. Los bancos están abiertos, se entrega el correo.

—Tendrás que llamar a la consulta —dice Crabby lenta y cuidadosamente.

La biógrafa lloró la primera vez que no funcionó. Estaba en la cola de la caja para comprar hilo dental, pues se había comprometido a tener mejor higiene bucal ahora que sería madre, cuando sonó su teléfono: era una de las enfermeras. «Lo siento, corazón, pero la prueba ha salido negativa.» La biógrafa dijo gracias, está bien, gracias, y pulsó el botón de colgar antes de que se le empezaran a escapar las lágrimas. A pesar de las estadísticas y de que Kalbfleisch le dijo «Este tratamiento no funciona para todas», la biógrafa había pensado que sería fácil. Le chorraron millones de espermatozoides de un graduado en Biología de diecinueve años, cronometrados precisamente para estar presentes cuando se desprenda el óvulo; el esperma y el óvulo colisionan en el cálido túnel; ¿cómo

es posible que no ocurra la fecundación? «No seas estúpida», escribió en su cuaderno después de «Acciones inmediatas necesarias».

Conduce en dirección oeste por la carretera 22 hacia las colinas oscuras llenas de cicuta, abetos y píceas. Oregón tiene los mejores árboles de Estados Unidos, inmensos y de ramas despeinadas, siniestros en las alturas. Su gratitud por los árboles transforma el resentimiento que siente hacia el doctor. A dos horas de la consulta, el coche llega a la cima de la ruta y aparece ante su vista el campanario de la iglesia. Le sigue el resto de la ciudad, agazapada en los pliegues de las colinas que descienden hacia el agua. Sale humo de la chimenea del bar. Las redes de pesca se apilan en la playa. En Newville el mar parece engullir la tierra, una y otra vez, sin detenerse. Millones de hectáreas de profundidades abisales. El mar no pide permiso ni espera instrucciones. No sufre por no saber qué demonios, exactamente, tiene que hacer. Hoy sus muros son altos, espuma blanca rasgada que golpea con fuerza los farallones. «Mar furioso», dice la gente. Sin embargo, la biógrafa considera que asignar emociones humanas a un cuerpo tan inhumano es en sí mismo incorrecto. El agua se alza por razones para las que los hombres no tienen nombre.

«Escuela Central Coast busca profesor de historia (Estados Unidos/Universal). Licenciatura requerida. Ubicación: Newville, Oregón, pueblo pesquero en tranquilo puerto oceánico, ballenas migratorias. Director con estudios en Ivy League comprometido con crear ambiente de aprendizaje dinámico e innovador.»

La biógrafa envió su solicitud por lo de «tranquilo puerto oceánico» y porque no se mencionaba que fuera necesaria experiencia en la enseñanza. Su breve entrevista

consistió en que el director, el profesor Fivey, resumiera el argumento de sus novelas de navegación favoritas y mencionara dos veces el nombre de la universidad a la que asistió. Le dijo que podría hacer el curso de certificación como profesora en dos veranos. Durante siete años la biógrafa ha vivido bajo el abrigo de montañas verdes y neblinosas, acantilados de trescientos metros que se zambullen directamente en el mar. Llueve y llueve y llueve. Los camiones que transportan troncos detienen el tráfico en la ruta del acantilado, la gente local pesca o hace cosas para los turistas, el bar tiene una lista de viejos naufragios, la sirena de tsunamis se prueba una vez al mes y los estudiantes aprenden a decir «señorita» como si fueran sirvientes.

Empieza las clases siguiendo su plan diario, pero cuando ve que las barbillas caen sobre los puños decide abandonarlo. La Historia Universal de primer año, el mundo en cuarenta semanas con un estúpido libro de texto que tiene que usar por contrato, resulta insoportable si no se toman algunos desvíos. En realidad, estos chicos todavía no están perdidos. La miran con sus facciones todavía infantiles, y están a punto de que todo les importe una mierda. Aún les importa un poco, pero para la mayoría de ellos no será por mucho tiempo. Les indica que cierren sus libros, y ellos lo hacen felices. La observan con una nueva quietud. Les contará una historia, pueden volver a ser niños, niños a los que no se les pide nada.

—Boudica era reina de la tribu celta de los icenos en lo que ahora es Norfolk, Inglaterra. Hacía algún tiempo que los romanos los habían invadido y gobernaban la tierra. Su esposo murió y les dejó su fortuna a ella y a sus hijas, pero los romanos ignoraron su testamento, tomaron la fortuna, azotaron a Boudica y violaron a las hijas.

Un chico: «¿Qué es azotar?».

Otro: «Dar escobazos».

—Los romanos le dieron por todos lados. —Alguien

se ríe suavemente al oír esto, por lo que la biógrafa se siente agradecida—. En el año 61 de nuestra era, Boudica condujo a su pueblo a la rebelión. Los icenos pelearon con ganas. Hicieron que los romanos se replegaran en Londres. Sin embargo, pensad que los soldados romanos tenían muchos incentivos para ganar, porque si no lo hacían podían esperar que los cocinaran en pinchos o los hirvieran después de ver cómo se les sacaban los intestinos.

—Lo máximo —dice un chico.

—Finalmente, las fuerzas romanas fueron demasiado para los icenos. Boudica se envenenó para evitar ser capturada, o enfermó; sea como sea, murió. La victoria no es lo importante. Lo importante es... —Se detiene, consciente de las veinticuatro pequeñas miradas.

En el silencio, la que se ha reído en voz baja aventura:

—¿No te metas con una mujer?

Eso les gusta. Les gustan los eslóganes.

—Bueno —dice la biógrafa—, más o menos. Pero, sobre todo, también debemos considerar...

El timbre.

Un estallido de chasquidos, deslizamientos, cuerpos felices de irse.

—¡Adiós, señorita!

—Buenos días, señorita.

La que se ha reído un poco, Mattie Quarles, se queda cerca del escritorio de la biógrafa.

—Entonces ¿de ahí viene la palabra en inglés *bodacious*?

—Ojalá pudiera decirte que sí —responde la biógrafa—, pero *bodacious* se originó en el siglo XIX, me parece. Es una mezcla de *bold*, valiente, y *audacious*, audaz. De todos modos, me gusta.

—Gracias, señorita.

—De verdad que no hay necesidad de que me llaméis así —dice la biógrafa por enésima vez.

Después de la escuela se detiene en el Acme, que es una mezcla de colmado, tienda de herramientas y farmacia. El ayudante del farmacéutico es un niño —ahora un joven— al que le dio clases en su primer año en Central Coast, y ella odia el momento de cada mes en que le entrega la bolsita blanca con el frasquito naranja dentro. «Sé para qué es», dice su mirada. Aun si su mirada en realidad no dice eso, le es difícil mirarle. La biógrafa lleva otros artículos al mostrador (cacahuets sin sal, bastoncillos para las orejas) para disfrazar de algún modo el medicamento para la fertilidad. La biógrafa no recuerda su nombre, pero sí se acuerda de que en clase, siete años atrás, admiraba sus largas pestañas negras; siempre parecían un poco húmedas.

Mientras espera en una sillita de plástico, con música de ascensor y luz fluorescente, la biógrafa saca su cuaderno. En ese cuaderno todo tiene que estar en forma de lista, y cualquier lista es válida. «Cosas que comprar en el súper.» «Diseños de las corbatas de Kalbfleisch.» «Países con más faros per cápita.»

Empieza una lista nueva: «Acusaciones del mundo».

1. Eres demasiado vieja.
2. Si no puedes tener un hijo de manera natural, no deberías tenerlo.
3. Todos los niños necesitan dos padres.
4. Los niños criados por madres solteras son más propensos a violaciones/asesinatos/consumo de drogas/notas bajas en exámenes.
5. Eres demasiado vieja.
6. Debiste pensarlo antes.
7. Eres egoísta.
8. Estás haciendo algo antinatural.

9. ¿Cómo se sentirá tu hija cuando comprenda que su padre es un masturbador anónimo?
10. Tu cuerpo es una cáscara seca.
11. ¡Eres demasiado vieja, pobre solterona!
12. ¿Estás haciendo esto porque te sientes sola?

—¿Señorita? Su receta está lista.

—Gracias. —Firma en la pantalla del mostrador—.

¿Qué tal estás?

Pestañas vuelve las palmas de las manos hacia el techo.

—Si te hace sentir mejor —dice la biógrafa—, este medicamento hará que tenga secreciones vaginales fértidas.

—Por lo menos es por una buena causa.

Ella se aclara la garganta.

—Son ciento cincuenta y siete dólares con sesenta y tres centavos —añade él.

—¿Perdón?

—Lo siento mucho, de verdad.

—¿Ciento cincuenta y siete dólares por diez pastillas?

—Su seguro no lo cubre.

—¿Por qué co... ronas no?

Pestañas niega con la cabeza.

—Ojalá pudiera dárselo a escondidas, pero hay cámaras de seguridad en cada rincón de este puto local.